

EL HOMBRE Y EL PAISAJE DEL LITORAL EN LA OBRA DE TRES PINTORES

Lo que puede significar cromática y morfológicamente el país a través de sus paisajes, sus tipos y sus costumbres, ha sido y continúa siendo uno de los imponderables temáticos más poderosos de la historia del arte. El plasmar —en creciente proceso de despojamiento— el mundo misterioso y de mutante fisonomía que se ofrece a los ojos de quienes habitan un pedazo de tierra, significa algo más que identificarse con el latido del terruño y su ser generacional. Significa, por sobre todo, el deslumbramiento testimonial, el decidido embanderamiento por la rica materia que empapa cotidianamente al pintor; la identificación con los sentires humanos de las criaturas que se desprenden de un paisaje común a artista y retratado: la observación aguda y la re-elaboración de una plasticidad vibrante de contrastaciones, a la cual el creador puede y debe darle una dimensión paralelamente estética y humana, real y fantástica, áspera y tersa, dramática e ingenua, en la ductilidad de su fraseo expresional.

La tierra y su hombre, las costumbres y las riquezas sensoriales, el clima y aún la atmósfera, el color local y los contrastes sonoros, cobran así sus valores más auténticos y fieles, dosificando los elementos plásticos que se organizan en el cuadro con una deliberación inteligente, que temple los impulsos imaginativos y la visible reciedumbre creadora de las personalidades artísticas: evidentemente temperamentales. Esta doble condición o sistema de empuje inventor y de rigor expresivo, de fantasía, por una parte, y de vigilancia mental y testimonio de una naturaleza, por otra, han de caracterizar los diversos

momentos y posibilidades de una pintura telúrica, coterránea, documental en cuanto a una suma de geografías, o a la concepción naturalista de sus seres y paisajes definidos.

En el caso del litoral que nos reúne, estas posibilidades acrecen hasta alturas increíbles. Como ningún paisaje argentino, el del litoral ofrece un espectáculo de interés sin caídas; un polifaceticismo de vida propia, de intensidad cuyos registros capturan y deslumbran, de dilatada amplitud y excepcional atmósfera. Como en ningún paisaje argentino, en el litoral se avienen a concurrir el río y la llanura, la isla y una tierra quebrada en suaves deslindes, el quebrachal sagrado y lleno de pasiones, y la paja brava: agreste y disminuída en su conquista minoritaria. Como pocos, el paisaje litoral ofrece un sur y un norte de rostros disímiles y familiares a la vez, donde las características del suelo, la vegetación y el régimen de lluvias juegan sus posibilidades contrastantes. Y un clima húmedo, subtropical al norte y templado al sur, que despliega sus alas calmas por el sendero de las tradiciones particulares, para formar la siempre nueva e inquietante tradición nacional.

Paisaje que no se mueve nunca sobre una sola voz, paisaje y hombre que palpitan en formas conjuntivas, en coros sinfónicos, impone para su registro idéntica pluralidad de expresión. Y aún así: bajo una misma naturaleza que no admite y se rebela contra el pintoresquismo, el artista podrá tomar ángulos disímiles y cambiantes, escorzos variados, medidas realistas y fantásticas de una forma natural común, de cuya encarnación nacerá el paisaje: único y sustantivo, a través de la suma de lentes y concepciones de sus artistas transcriptores.

Esta tierra bañada por ríos, agujereada de lagunas manas y pródigas en floras y faunas; esta tierra prolija de arados y de surcos, amplia y dominante, siempre apasionada, ha deslumbrado a la mayor parte de sus artistas. A causa de sus predilecciones temáticas fuertemente entroncadas con el paisaje zonal, se puede afirmar que casi todos los artistas santafesinos han exaltado a la tierra de sus desvelos. En mayor o menor continuidad de expresión, en contribución más o menos

rica y sostenida, la creación de todos ha sumado: en mínima y múltiple variedad de motivos, un mundo litoral de libertad fluvente y sin blanduras.

Los nombres de diversas promociones, épocas e ismos que compondrían una historia paisajística y humana de nuestro potencial nativo, superarían en extensión y profundidad los propósitos de este análisis. Sin embargo, y a poco que se indague en la frecuentación y en la constancia de los propulsores de un paisaje litoral en la pintura argentina, emergerán claros y decisivos dos o tres nombres familiares. Junto a las presencias creacionales de Ludovico Paganini, Zapata Gollán, José Domenichini, César López Claro, Juan Grela, Raúl Schurjin, Matías Molinas, Francisco Puccinelli, Mario Gargatagli y otros que escapan a una valoración repentista y simplemente enumerativa, descuellan las figuras de tres artistas que se comprometieron definida y particularmente con lo regional: Enrique Estrada Bello, Ricardo Supisiche y César Fernández Navarro. A través de ellos, en sugerencias étnicas, en simbologías sociales y fuerzas cromáticas y dibujísticas de diverso enlace, bulle y late una gran parte de este litoral que nos reúne y nos da tierra para el pan y cielo para la ensoñación.

ENRIQUE ESTRADA BELLO

Enrique Estrada Bello cumple su oficio y su voluntad de pintor con madura emotividad a lo largo de una obra proficua. Entre lo intuitivo y lo alcanzado por reconcentrado balance técnico, fluye su pintura de contorno nativista y contenido firmemente humano. En él, en su sentido universalista, en su potencia documental y gráfica de una continuidad nacional de límites y horizontes propios, el artista ha dado rienda suelta a su vivencia temperamental a través de los elementos y signologías de una idiosincrasia que le es familiar.

Como ha vivido junto al río, le ha visto embravecerse y apaciguarse con idéntica voluntad, desbordar las márgenes y

desnudar las entrañas en crecientes y bajantes sucesivas, Estrada Bello conoce de la isla y de su hombre como pocos. Hablar con el isleño, empaparse de su naturaleza soterrada y simple a la vez, recorrer un espínel con gestos expectantes o vislumbrar la altura del biguá y el eco del venteveo, fueron sus fórmulas de vida durante muchos años de juventud. A través de dicho contacto humano y naturalista, a través de una convivencia que se le metía en la sangre y en los ojos enriqueciendo sus imágenes y sus experiencias de hombre-pintor, fue naciendo la constructiva verdad de su arte: humilde y verdadero como pocos.

A expensas de una resonancia intimista, que si bien no se contenta con el ángulo visual fácil y directo, no se evade tampoco de la pureza a retratar, Estrada plasma —en galería de personajes— los tipos de nuestra costa y cierta margen suburbana. Sus proletarios —ricos en la expresividad de su mundo interior— configuran el carácter documental de su obra. Antes que paisajista de horizontes y latitudes, Estrada es paisajista de almas, integrando el retablo de sus inquietudes hombres, mujeres y niños en aquerenciada y grávida soledad. Isleños con redes o espineles, lavanderas, viejos sin destino aparente, niñas de diáfana mansedumbre, muchachas de belleza áspera, obreros, madres cuya voluntad ribereña se despliega en miradas llenas de un raro sentido descriptivo y emocional.

A toda la galería de seres que anima con su pincelada paciente, con su síntesis caracterológica de rasgos faciales o de actitudes, sabe proveerles de la justa y medida autenticidad vernácula. Observador agudísimo, dibujante certero y decidido en sus planteos de rápida formulación, pocas líneas suelen serle suficientes para estructurar la capacidad del símbolo o de la expresión final que se ha propuesto ofrecer.

Así, a veces la mansedumbre de dos manos cruzadas en el regazo, el pretexto de una gallinita, de una flor de cardo, la actitud vergonzosa de una mirada baja, la hondura de una mujer-garza, de un hombre-horizonte que tiene los años de su isla o de un muchacho prendido a su cometa-pájaro, susbsumen



'PAISAJE'

Ricardo Supisiche

la fina latencia psicológica y el indiscutible grado humanístico de su arte. Liberado de toda traba de tipo académico o convencional, Estrada Bello asume por sobre todo la responsabilidad de ser fiel a su tradición de santafesino, enamorado de la historia nativa.

Dueño de un diseño de líneas dibujísticas, donde la sensorialidad encuentra su más rica materia, Estrada Bello emociona por la rica y ajustada gravitación de sus morfologías. La construcción lineal de un zurubí o de un caballo encabritado, le son tan familiares como el logro del parecido físico a un retratista de oficio. En su caso, el agudo ojo de profundísima capacidad retentiva, le ayuda noblemente para transubstanciar el cielo percepción-imagen-creación. Como en pocos, recuerdo de él la sapiencia censista de su trazo en la captación lineal de un avestruz, por ejemplo. La velocidad espantada del ave que se ve descubierta, contrastando con la fiera de unos ojos que advierten desde lo más hondo el contraataque y la defensa, están dados por Estrada Bello con intuitiva firmeza dibujística.

Y como esta ave, el resto de la flora y de la fauna de un litoral que le es tan familiar. Porque pareciera que el artista —a la vez que va bebiendo una naturaleza siempre renovada en sus formas y cromatismos— va grabándola y recreándola en su memoria, con un pincel imaginario tan dútil como certero y esforzado.

Pero hay más. Siempre hay más en el análisis de su obra decididamente emotiva, idealizadora del mundo y de las cosas. Como retratista de una vida humilde, una vida áspera en su pobreza, transparente en la poquedad de elementos, Estrada Bello debe recurrir al ornamento para dar cierto brillo joyante a sus seres de conmovedora desnudez; debe correr al encuentro de pretextos mínimos para hacer menos dramática y difícil al contemplador la anécdota elegida. Entonces, a la vieja isleña la abraza a un tallo de cardo florecido; a la niña de infancia brevísima le deja una “pinina” en el regazo; al hombre soñador, de viaje fácil y siempre trunco, le hace tomar una cometa entre las manos; a la mujer valiente y aguerrida, la plas-

ma junto a una garza: pura y brava a la vez. Y así a todo lo largo de sus seres-personajes. Pero —y he aquí lo maravilloso de su mundo— nace entonces el connubio más feliz y exacto, se integran como por arte de encantamiento la vida con la fantasía, el cuerpo con su alma verdadera, el hombre y su sombra: inaudible, pero ciertamente suya.

De esta fórmula, de esta condición de mimetismo de que está provisto su arte, la vieja isleña es el reflejo humano de la flor de cardo, la mansedumbre de la niña no es otra que la del ave en su regazo, como la ensoñación del hombre clavado a su suelo no es otra —tampoco— que la fábula viajera del pájaro de papel. De este mimetismo donde el ornamento cobra calidez y valencia de símbolo, extrae este artista el testimonio vívidamente estremeedor de sus seres.

En su libertad, jamás podrá decirse que Estrada Bello haya dado tintas graves pintando fuerzas regresivas, infortunios de culpas directas, amarguras de vocabulario áspero o cruel. Su dolor es un dolor casi dulce; la vida que transita nos es familiar en su acento de incursiones minúsculas, casi cotidianas. Su fuerza de artista, reside en proveer a todo este dolor resignado una mansedumbre bellamente armoniosa, cálida y exigente con el contemplador. Así, sus obras toman siempre una altura sentimental que conmueve, tanto como enaltece al retratado. Su vida humilde es una vida decorosa y aceptada, una vida fuera de convenciones políticas o doctrinarias, una vida donde la fuerza amarilla de un sol o el vientre grisáceo de un zurubí frescamente aleteando, son superiores a toda la sabiduría del mundo.

RICARDO SUPISICHE

La pintura de Ricardo Supisiche, es el documento fiel del crecimiento de un artista apasionado con su motivo. Del mismo modo que el tiempo transcurre entre la crisálida y la mariposa, uniéndolos en su hipérbole generacional, así también debió transcurrir entre las diversas etapas del arte supisichiano: en-

tre la primera luz de su primer paisaje, y esta vida de atmósfera indiscutible que hoy transcurre por todo lo que toca su pincel.

Porque siempre y en todo momento lo alentó la misma visión evangelizadora: dar a su tierra lo que la tierra le ofrecía, devolverle en luz la sabia conquista de luces que se le daban a sus ojos, la suma de geografías que cumplieran una definitiva aventura en su ámbito litoral. Así, su fidelidad le dio un solo camino y una única mira de verdad. Imponerse a sí mismo por sobre sus flaquezas y sus caídas humanas, tratando de vencer la poderosísima amplitud zonal de una naturaleza incomparablemente pródiga.

De este modo, su ejercicio cotidiano constituyó y sigue constituyendo para él una amorosa costumbre de encontrarse en las formas de su mundo fluvial. En esa amorosa costumbre, en esa incansable búsqueda, Ricardo Supisiche ha ido dando —en sumas de cernida belleza— los lineamientos principalísimos de un paisaje litoral. A lo largo de su obra puede advertirse —como en la sucesión de escalones de una larga escalera— la diversa y creciente categoría de sus pinturas. Así, de veinte años a esta parte, el color de Supisiche ha ido superando elaborativamente sus matices; sus luces se han hecho más intensas y detenidas; los valores han cobrado una conmovedora y joyante desnudez. Y el paisaje (finalmente y siempre) se ha transfigurado en densidades atmosféricas, en despojamientos y apacibles transparencias, jugando casi una vibración metafísica en sus coordenadas de materia pictórica.

Porque también como a lo largo de una alta escalera (tal vez la misma que ya usara para la anterior metáfora), Supisiche ha ido descubriendo las diversas alturas de su paisaje conocido. Desde la tierra elemental y sistematizada en accidentes, hasta la aérea fisonomía de una libertad de atmósferas y climas, todo le ha sido doble plasmar. El litoral en su panorama de verdes y de oceres contrastantes, en sus ritmos compositivos de prodigalidad visual, en sus estructurados elementos donde toda morfología rebasa los límites de lo racional para trans-



"COMETAS"

Enrique Estrada Bello

figurarse en feéricas imágenes, ha sido el tema de su larga confesión. Pero como él —artista siempre insatisfecho, para quien lo definitivo no existe en el arte— no puede contentarse jamás con la limitación de un tema, trasciende la sentimentalidad y desemboca en el motivo, como fisonomía última de su eclosísima voluntad de pintor.

Así, su motivación plástica le impele a una organización de las masas tonales, matizaciones de color y elaboraciones de materia pictórica, de exquisita y maravillosa armonía.

El instinto, la sensibilidad, la sensorialidad, la sentimentalidad, incluso, presiden la mayor parte de sus realizaciones de los últimos años. Autoerótico severo de sus más exactas expresiones, Supisiche aún, al perfil acusado de su personalidad pictórica, el sostenido ritmo y tesón de su laboriosidad.

Su paisaje (ya que, contrastando con Estrada: *amador de la figura*, es lo que más define a Supisiche) es un paisaje depurado que va en procura de síntesis formales y de afinaciones del color. A veces, le son suficientes un par de planos dentro del plano total, para orquestrar la obra generosamente modulada en cromatismos precisos. Sus perfiles otrora suaves, redondeados y raramente atrevidos, se han ido geometrizando dentro del equilibrio compositivo, alcanzando a veces —para el ojo educado— la ilusión de un abstraccionismo geométrico.

Pero dentro del juego dinámico de líneas, dentro de la superposición de planos con que da vida a la isla, dentro de la organización siempre vibrante de su paisaje (no obstante su asectismo), lo que define a Supisiche en el ámbito nacional es la fuerza de su color. Dotado de las más inimaginables transparencias, de leves vibraciones y ásperos contrastes, de empastes neutros y fragmentados, o aletargados planos jugados a espátula, su color domina a la obra y embarga al contemplador con sus dramáticos ensambles. Quién sabe si su color como sensación, o su luz; o lo uno en lo otro en una individualidad óptica que reza desde la física, lo cierto es que toda obra de Supisiche —por sobre sus numerosas bondades estilísticas y emocionales— vibra a expensas de su alto cromatismo, de su trans-

figurado potencial luminoso que trasciende los límites del mar-
co, volcándose mágicamente por las paredes que lo contienen,
por el espíritu del contemplador, por el éter mismo.

De ahí que el litoral santafesino cobre, por obra de sus
pinceles y de su decidida conceptualidad, un equilibrio incon-
movible e inédito, animado de un movimiento cuyo lento rit-
mo es siempre de una grávida hermosura. Paisajes amarillos,
calificadamente desnudos, de fondos silenciosamente modula-
dos. Paisajes violetas, cuyo bajo rigor valorístico demuestra el
excelente oficio: dominante de esa ciencia sutil de los contras-
tes, de los pasajes delicados, de las yuxtaposiciones y las trans-
parencias. Paisajes verdes y ocres, donde una laguna de traba-
jado efecto rechaza la matemática obligada de los complemen-
tarios. Paisajes rojos, sin el sol necesario, donde el monoero-
matismo evolucionado en sabrosa y exhaustiva consecución,
abraza todos los registros imaginables del tono. Paisajes azules,
con alguna figura suspendida en el silencio esencialista de la
zona. O paisajes de cromatismos deliberadamente largados a
todos los aires, donde el rancho de adobe, la canoa y el horizon-
te propiciatorio conviven sin otra veleta de conciliación que
la de su rigurosísimo sentido de los efectos.

Así, dueño de todas las tintas, igualmente libre y suelto
en las gamas que puedan servir asépticamente a la limpieza
de sus líneas, Ricardo Supisiche transfigura y re-crea las for-
mas que anidan en este lado del Paraná. El artista da enton-
ces —por medio de una síntesis y una estilización que no des-
figuran sino refuerzan la realidad conceptual— su visión pro-
pia del paisaje que tanto conoce. Su visión es íntima y huma-
na, tiene una perspectiva cálida y precisa en cuanto al docu-
mento de sabor local, y sin embargo, de sus regiones y sus gen-
tes fluye un mundo poético en el que se siente el latido enig-
mático de lo americano.

Su individualidad de visión, que resuelve los problemas
tradicionales dándoles una categoría casi inédita, primigenia,
envuelve y captura por su poética dramaticidad. Porque en su
paisaje, en la silenciosa realidad que se distribuye por las for-

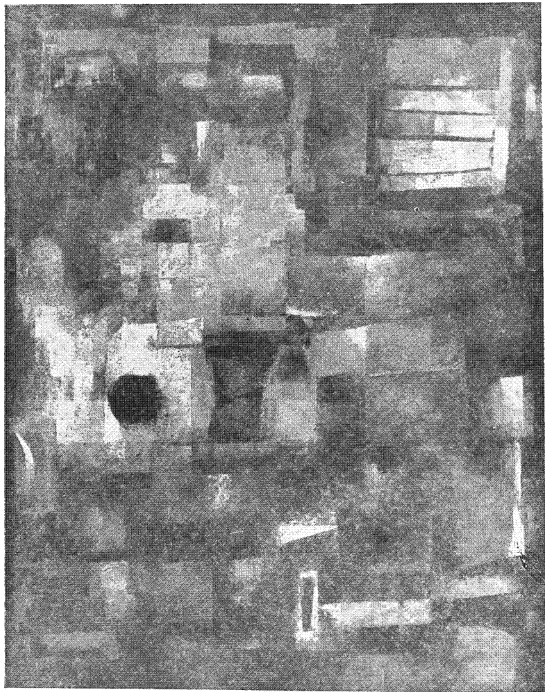
mas de sus cuadros, la sugestión trasciende el tema, reviviza y transfigura el mundo físico, dándole una idealidad que reclama y que impone al contemplador.

De ahí, su pintura no es fácil de contemplar y de gustar al unísono. Su pintura es un poco para ir descubriéndola en contemplaciones sucesivas, para ir amándola despacio en encuentros detenidos y solitarios, donde cada luz ilumine sus ángulos de diversa y cambiante forma. Pero pintura que al final —y siempre— se impondrá en su capital expresión, en su natural conquista de formas, como una embargante célula imborrable: cuerpo de mínimos cuerpos, sustancia y juego de innúmeras sustancias.

Podrán nacer de su arte otras formulaciones, otros escorzos, estará regido por ángulos visuales o armonizaciones diferentes a las de ésta o pasadas épocas, pero siempre su pintura será distintiva de lo nuestro, auténtica en su dignidad, indiscutiblemente nacional.

CESAR FERNANDEZ NAVARRO

En oposición a Estrada y a Supisiche, la pintura de César Fernández Navarro trata siempre de integrar —en enlace compositivo— la figura en el paisaje. Su ubicación del hombre y la mujer en su propio escenario, la particularización de sus esencias psicológicas dentro del esbozo de naturaleza dado a lo largo y ancho del plano, le son familiares y necesarios. Porque si —al respecto— Supisiche suele pintar paisajes con figuras, Fernández Navarro, en cambio, ubica figuras en el paisaje dando primacía real al cuerpo y la sustancia humana, que emparenta con una objetividad circundante de cielo y tierra, de la cual no puede desligarse. De este modo, su pintura suele tomar un sentido de vínculo plástico y sentimental de rara intensidad, donde las figuras no están colocadas gratuitamente dentro del ámbito total de la obra, con cuya atmósfera regional se enlazan fraternalmente.



“NOCTURNO”

César Fernández Navarro

El tema de la isla, el río Paraná y ciertos paisajes característicos como el de la playa de Guadalupe, ocupan con su imponderable belleza no poco de su tiempo creador. Inteligentemente propuesto para dar una visión climática sin tintas cargadas, sin sobrevaloraciones o debilidades, el artista que me ocupa desarrolla por sobre todo una pintura de decantada formulación, serena y grávida en sugerencias como lo es el tema gestador. Así, sus mujeres recostadas, sus pescadores, sus chicos en el paisaje ribereño, tienen siempre una grata resonancia emocional, una apacible esperanza que no está dada únicamente en las figuras cuanto en los colores que les dan forma.

Por sobre todo, se advierte en las figuras de Fernández Navarro un permanente carácter escultórico de sugestiva inmanencia en el contemplador. Dibujante en quien la línea suele desenvolverse opulentamente, en trazos amplios, de curvas generosamente enlazadas, sus formas llegan a tomar a veces cierto sentido volumétrico que las torna doblemente hermosas, transfiguradamente reales en su idealidad.

La placidez elástica de los brazos y los muslos de sus gentes de la costa, en cuyas pupilas la isla marca la línea del horizonte, juegan así un poco el poder del músculo y la mansedumbre de la inocencia crecida al aire libre. Figuras a las cuales él no necesita armar de un aparejo, de una red o de un pescado para calificarlas, dada la consustanciación con su llana pero difícil psicología isleña. De este modo, simplemente adentrándose en la ardida y ardiente naturaleza del hombre litoralense, Fernández Navarro documenta una cotidianidad transpuesta en líneas sutiles.

Porque —artista inquieto y atento— ha tratado de comprender y valorar cualquier tentativa de renovación, respetando toda innovación. Sabiendo que en la antigua Grecia de Fidias y de Sócrates había un premio para el que salía primero y otro para el que llegaba primero, él ha tratado de colocar su concepción artística en el justo medio de este axioma, dándole el reposo de lo conónico y la saludable juventud de lo que vive fuera de las leyes y preceptivas ajenas.

Su medio de comunicarse con la vida, está impregnado entonces de un profundo humanismo, de una identidad reposada y vibrante con los más puros enunciados de las bellas artes. En general, la visión de sus temas isleños aparece aligerada y leve como consecuencia de las estilizaciones del dibujo y de un registro colorístico inclinado hacia los tonos claros. Sin embargo, su pintura se apoya a veces en las oposiciones cromáticas acentuadas, otras en el dibujo hartamente vigoroso, de perfiles siempre precisos y definidos. Pero por sobre todo, el equilibrio ordena sus composiciones —nunca abigarradas— donde una síntesis de expresión poderosa confiere una fisonomía singular a sus formas, los colores más vivos y más puros se armonizan plácidamente, y el colorista intenso y el estilizador se funden, se fusionan, en un reposado y personal mundo creador. Mundo sin anécdotas, presidido por un orden interno de ritmos lineales y formales serenos, donde los colores cantan con una voz contenida las esencias de una paleta inconfundible.

Porque puede afirmarse —sin temor a conceder primacías poco precisas y justas— que Fernández Navarro fue uno de los primeros introductores del tema isleño en Santa Fe. Sus paisajes del Paracoo, sus visiones de la creciente y de la bajante, sus lavanderas, su serie de caballos en la playa, arrancan desde hace más de un cuarto de siglo, dando punto de partida, verdadera clarinada, a muchos otros talentos esforzados en temáticas disímiles.

Desde “La siesta” —aquella pintura que atesora el Museo Provincial de Bellas Artes de Santa Fe— donde un audaz escorzo de mujer, de materia difumada y valores altos, despliega su fuerza simbólica, pasando por esa otra obra transicional titulada “En el camino” o su climático “Verano”, la metamorfosis plástica de Fernández Navarro ha estado siempre acuciada por una permanente avidez de creación. Si bien el tema de lo nuestro —hecho de esencias sinfónicas que él ha tratado de identificar— es el común denominador de su obra, su amor por lo folklórico, por todo aquello que tuviera un sabor a tierra arisca, le movió en ciertas oportunidades a tentar otras idio-

sincrasias. De esta época —diez años atrás— data su “Feria paraguaya”, donde a través de una estructuración barroca, de fuerte y ritmado color, desenvuelve con agudeza cierto perfil del país hermano.

De ahí, despliega una visión nueva, un valor nunca convencional pero sí modificado, respecto a su anterior lente perceptiva. Fernández Navarro busca sentir la vida interior del cuadro de una forma donde los elementos anatómicos, psicológicos y fisiológicos —como anhelaba Kandinsky— resuman una reacción conceptual, coetánea e interna, hacia el infinito. Trasciende el plano en obras como “La red”, que obtuviera el Gran Premio de Honor del Salón Provincial de Santa Fe de 1957, donde el “sonido literario” se ha rechazado por entero, primando el sentido de los límites y el tacto artístico, el significado final de la forma y la liberación de “lo exterior”, por sobre la claridad y la calidez de la formulación primigenia.

Sin embargo, el artista, en esa larga y muchas veces cruenta lucha de expresión a la que está empeñado, llega un momento en que sufre el áspero, agrio y detonante sacudón de la impotencia, casi de la frustración. En el caso de Fernández Navarro (cuya feliz concurrencia de valores le posibilita para logros más ambiciosos), la explicación podría ser clara y exclusiva. Hablé del carácter volumétrico de sus figuras, de la fluyente dimensión de sus playas, de sus contrastantes cielos donde las bellas arbitrariedades de la fantasía descubren climas particularísimos. Pues todo eso, además de su paleta de severa disciplina, de su estructuración de espacios, de equilibrios de masas, de su ahondamiento en las leyes de la proporcionalidad, piden a gritos algo más amplio, menos constreñido que el cuadro de caballete. En determinada época, su pintura necesitó del mural para plasmar las verdes latitudes. Y si bien la oportunidad de volcarse al mismo se le ofreció un par de veces a su empuje creador, a su vigilancia mental, las circunstancias: que suelen ser causa y efecto de no pocas posposiciones en la obra de arte, le coartaron este medio de expresión.

Deben recordarse, al efecto, su corta pero intensa serie de

frescos. En la Escuela "Colón" de esta ciudad, hay un testimonio suyo del paisaje litoral, desgraciadamente mal conservado. Y en la Escuela "Provincia de Santa Fe", de Paraná, un conjunto de vibrantes y personalísimos frescos: "Alegoría costera", "Hacheros", "Recolección de cereales", donde la rutina utilitaria de la vida cotidiana se idealiza en reflexiones constructivas, percibiéndose el encanto de los movimientos simples: el movimiento musical, el movimiento pictórico y el movimiento danzado convertido en arte, sumun de la realización del llamado Arte Monumental.

Sin embargo, el artista suele no ser el producto de su intención, sino de su oportunidad.

Pero, asimismo el artista tiene en su haber la voluntad del tiempo, que todo lo limpia, todo lo diafaniza, trastocando muchas veces lo adverso en una favorable mutación. Ese arte grande de Fernández Navarro —no por tamaño, lógicamente, sino por testimonio de lo autóctono en la fría presencia de edificios y monumentos— está todavía para expresarse. De él debieran ser no pocos muros de esta Santa Fe que tanto quiere, no pocos planos de cemento, cuya frialdad se tornaría cálido y armonioso espejo de un paisaje no demasiado conocido por lo mucho frecuentado.

Su verdadero bautismo de islas a las grandes moles de áspera arquitectura, darían a esta ciudad un sabor inconfundible, un sabor de puras esencias remembrantes. Y al artista, el incentivo que espera y merece por su auténtica expresión del ser nacional. La sugerencia está lanzada.

Decía Paul Cézanne en sus cartas a Emile Bernard, que "el Louvre es el libro donde aprendemos a leer". Y agregaba: "Pero, sin embargo, no debemos contentarnos con retener las bellas fórmulas de nuestros ilustres antecesores. Salgamos para estudiar la bella naturaleza, tratemos de liberar su esencia, intentemos expresarnos según nuestro temperamento personal. El tiempo y la reflexión, por supuesto, van modificando la visión

poco a poco y al final nos llega la comprensión"... Y es la verdad de este arte que tanto conmueve. Ser un verdadero clásico es volverse clásico por la naturaleza, por la sensación. En cierta época, el mismo Cézanne quería quemar el Louvre. Después recapituló: era preciso ir al Louvre por la naturaleza, y volver a la naturaleza por el Louvre...

Porque siempre, para pintar un paisaje, hay que descubrir ante todo las bases geológicas. Todas las fuerzas étnicas que sacuden al hombre tanto en profundidad como en superficie, no pueden ser relegadas con un simple ademán o una actitud desvirtuadora. Como afirmaba Cézanne —para ahondar en una misma corriente— se debe recordar eternamente "que la historia del mundo data del día en que dos átomos o dos torbellinos se encontraron, combinándose dos ritmos químicos. Esos enormes arcos iris, esos prismas cósmicos, este amanecer de nosotros mismos por encima de la nada, los veo crecer y me saturó de ellos leyendo a Lucrecio. Bajo esta fina lluvia respiro la virginidad del mundo. Un agudo sentido de los matices me invade, y me siento coloreado por todos los matices del infinito. En ese momento, yo y mi cuadro somos un solo ser, como un caos irisado. Llego hasta el motivo, y me pierdo..."

Porque el tema del paisaje y del hombre que le habita, la revelación pictórica de un pedazo de tierra donde las latitudes humanas exigen y no admiten ser retratadas con distorsiones o blanduras, presuponen una identificación intensa, sostenida, con el motivo antes que con el tema. Trascendiendo este último para alcanzar una motivación donde no se debe conjuncionar lo bello con lo útil, la velocidad con la fuerza, la economía con la estrictez, el artista alcanza la verdad (no necesariamente paradigmática) de volcar a la tela no una envoltura física sino su contenido sentimental.

Únicamente una vasta convivencia posibilita tales logros, tales sentimientos específicos, donde todo disfraz cae para dar paso a la cara auténtica en función de sí misma, nunca servil de otros propósitos. Las aspiraciones morales y poéticas del

alma humana, suelen rendirse frecuentemente ante los imponderables de la belleza nativa. El largo conocimiento de las voluntades naturales que acrecen en el horizonte que le ha visto nacer, infunden a esa alma y a su poder de creación un hábito de dimensiones insospechadas.

Sin embargo, los crecientes estímulos, las hostilidades, los diversos regímenes sociales, políticos y aún humanísticos en que debe producir el artista le tuercen las más de las veces su potencial de transcriptores del paisaje conocido. El vértigo de los ismos, de las corrientes estilísticas que muchas veces empujan antes que conducen; el destiempo de la presteza universal junto a la morosa adaptación provinciana, suelen prácticamente coartar a los más fuertes baluartes de esta disciplina testimonial.

Pienso, al efecto, en la sobresaliente nómina de artista santafesinos que se nuclearon hasta hace pocos años, muy pocos, en estas preceptivas de digna sumisión a su paisaje. De ellos, qué pocos quedan firmes y determinados en su mensaje sin rupturas, en su procuración de nuevas luces para sus siempre nuevas imágenes litorales; para el brillo, la amplitud y las excelencias de una tierra incontrovertiblemente pródiga!

Es por ello que con mis austeras palabras quiero dejar sentado un homenaje a la paradójica mezcla de elocuencia y concisión de estos tres artistas nuestros: Supisiche, Fernández Navarro y Estrada Bello. En sus sendos ímpetus de reflejar con la vocación y una maestría conquistada, lúcida, escrupulosa y reflexiva, una parte de esta ancha tierra argentina, está la más auténtica raíz de su ser nacional.

J. M. TAVERNA IRIGOYEN

Junín 2625, Santa Fe

